

COMUNICACIÓN Y POSMODERNIDAD : REFLEXIONES ÉTICAS

Massimo Desiato

Profesor de la Escuela de Filosofía de la UCAB e investigador del Instituto de Estudios Filosóficos UCAB

Resumen:

La posmodernidad no cree en el poder de la razón pura capaz de emancipar a los individuos. La multiplicidad de las nuevas fuentes de información no permite ya la aceptación de puntos de vista centrales emanados por los centros tradicionales de poder. Este "nuevo" mundo plural de la Comunicación requiere de un hombre crítico capaz de enfrentar el "nuevo sentido de la realidad". Ya no existe una realidad, ni una verdad y esto supone la formulación y la práctica de una nueva ética de la comunicación tanto para los emisores cómo para los receptores de los mensajes.

El problema de la comunicación es tan antiguo como la sociedad misma, pues al menos en uno de sus posibles sentidos, la sociedad puede ser definida como una "comunidad de voces", un enjambre de prácticas discursivas dentro del cual los hombres van formando sus hábitos, sus sentimientos, afectos, deseos, hasta la misma conciencia teórica y moral.

De esta manera, no es procedente diferenciar esencialmente la sociedad de la comunicación, pues la simple presencia de un grupo humano implica el lenguaje y los intercambios discursivos que conforman la comunicación: el mismo proceso de convertirse en individuo obedece a factores comunicativos y es, por tanto, una faceta más de la socialización. Esto significa que propiamente hablando, el hombre no existe antes de la sociedad y del proceso comunicativo, pues todo su ser, desde la corporalidad con sus disposiciones pulsionales y afectivas en gran medida inconscientes hasta la conciencia, es forjado a partir de las mencionadas prácticas discursivas. El hombre deviene tal, gracias a la comunicación que lo determina con cierta especificidad a partir de la presión comunitaria. Esta presión se ejerce a través de precisas normas

morales que funcionan como pautas de conducta y frente a las cuales el individuo, al menos a lo largo de toda su infancia y pubertad, se comporta pasivamente. El momento crítico, necesario en toda formación individual, es un momento posterior que resulta de la reinterpretación de los modelos que han educado a dicho hombre. Aún así es bueno observar que esta fase crítica se ejerce con los mismos medios que la sociedad y los flujos comunicacionales a ella adscritos, proporcionan al individuo.

Lo anterior nos debe indicar que no se puede reducir el fenómeno comunicativo a sus medios, pues conviene desembarazarse inmediatamente de un mito: las máquinas de la comunicación no disminuyen las dificultades inherentes a la comunicación humana, y no lo hacen porque ese no es su propósito. Ellas nacieron más bien, como intento de producir simulacros, imágenes que se adecuaran lo más cerca posible a la realidad misma. Detrás de estas máquinas existe una voluntad más o menos consciente por parte del usuario de enmascararse. (1) Esto último quiere decir que las máquinas presentan cierto espesor que imposibilita la transparencia total, y que por ello se hace necesario un proceso constante de decodificación de los mensajes : en fin un mensaje sin distorsión es impensable, pues el "ruido" es consustancial a la emisión del mensaje. Ciertamente la transparencia sigue siendo el horizonte hacia el cual el hombre apunta, pero no pasa de ser una simple orientación utópica cuyo papeles el de hacer posible el esfuerzo humano.

Ahora, tal como estamos encarando las cosas, el fenómeno comunicativo abarca la sociedad entera y, por consiguiente, a través de su análisis logramos descifrar, aunque sea en parte, los procesos sociales y sus consecuencias sobre los individuos. Nuestra tesis será entonces la siguiente : existe una estrecha relación entre la comunicación y la sociedad actual que denominamos posmoderna, pues por este último término hay que entender precisamente una sociedad en donde la comunicación se ha generalizado y pluralizado al extremo. Si esto es así, conviene que analicemos más detenidamente este aspecto, es decir, ¿Qué entendemos por generalización y pluralización de la comunicación?

Para responder a nuestra interrogante será preciso bosquejar el desarrollo histórico de la sociedad occidental para mostrar como su línea de desarrollo conduce, desde un pensamiento unitario hasta una multiplicidad de formas de pensar que terminan socavando la estabilidad misma de la tradición. (2)

Es en este sentido cómo la intensificación de la movilidad social destruye la ilusión; ilusión que domina en las sociedades estáticas, donde todo puede variar, y el pensamiento sigue siendo el mismo. Hay que acotar que esta movilidad puede ser de dos tipos : a) Horizontal; b) Vertical. La primera es aquella que le muestra a un pueblo la existencia de otras costumbres pertenecientes a otros grupos humanos y las diversas formas de pensamiento que allí se inscriben. Generalmente este tipo de movilidad no suele desestabilizar, puesto que mientras las costumbres y las formas de pensamiento de un pueblo se mantengan firmes, las otras organizaciones culturales son vistas como meras curiosidades o simples sinsentidos.

Sólo cuando la movilidad horizontal se encuentra acompañada por una intensa movilidad vertical, es decir, por una serie de rápidos cambios y movimientos hacia arriba o hacia abajo de los diversos estratos sociales, se quebranta la confianza en una eterna y general validez de las propias formas de pensamiento. En esta fase, los grupos sociales salen de su aislamiento y descubren que la realidad puede ser interpretada de forma distinta y hasta contradictoria por las diferentes comunidades involucradas en el proceso.

Es precisamente como consecuencia de este contraste entre diversas formas de pensamiento, cada uno de los cuales reclama para sí la objetividad y la verdad, que nace el problema de cómo es posible que idénticos procesos cognitivos, que tienen como fin una misma realidad, produzcan concepciones tan distintas entre sí. En el fondo de lo que se sospecha es de la identidad misma de los procesos de pensamiento ; quizás estemos frente a una pluralidad de maneras de categorizar el mundo.

Esta manera de ver las cosas tiene un precedente ilustre en la escuela griega de los sofistas, quienes afirmaban que la razón no era en el fondo ese proceso unitario que pensaban Sócrates y Platón. Su escepticismo encuentra su fundamento en esta duda más que legítima, de tal manera que parece un tanto injusto condenarlos por haber tenido la valentía de expresar esta crisis y por haber intentado solucionarla sin recurrir a planteamientos dogmáticos.

En esta dirección, parece evidente que en algunos períodos de la historia del espíritu humano, los problemas del pensamiento no pueden resolverse mediante la referencia a una realidad dada, pues es

precisamente ésta la que entra en tela de juicio. La solución apunta, más bien, al estudio de las diferencias que forman parte de las distintas opiniones.

Desde el punto de vista en el cual nos hemos colocado, el hecho decisivo de la posmodernidad frente al pasado, estriba en que en ella se ha perdido el monopolio de la interpretación de lo real, de que ya no existe un punto de vista privilegiado que permita ordenar y clasificar las experiencias. Este punto tiene que ver muy de cerca con la concepción de la historia, pues el gran esfuerzo de la Modernidad que culmina con la Ilustración fue el de encontrar un punto de vista central desde el cual ordenar los acontecimientos históricos, dotándolos de sentido y coherencia. Para la Modernidad la condición para concebir la historia como realización progresiva de ciertos ideales de la humanidad estriba en que pueda ser vista como un proceso unitario. En pocas palabras, sólo si existe la Historia se puede hablar de Progreso.

De esta manera, la Modernidad se acaba cuando, debido a múltiples razones, deja de ser posible hablar de la historia como de algo unitario. En cierto sentido, el primer gran golpe dirigido en contra de la tradición Moderna fue realizado por Marx, pues a partir de él, el proceso histórico es entendido como la representación del pasado hecha por una clase dominante de acuerdo a sus intereses específicos. Con Marx y, también con Nietzsche, irrumpe la noción de ideología desde la cual es posible sospechar de la transmisión del pasado como algo objetivo y neutral. En el fondo, no todo aquello que ha ocurrido ha sido recogido por la tradición histórica, sino sólo lo que parece ser relevante, y lo que sea relevante depende de aquél que ha hecho la historia, es decir, de los intereses que lo motivaron a privilegiar un aspecto de la realidad a costa de otros. En este sentido, lo que narra la historia que hemos aprendido en la escuela son los avatares de la gente que cuenta, de los nobles, de los monarcas, o de la misma burguesía cuando esta accede al poder: las clases humildes o aquellos aspectos de la vida que parecen "bajos" no "hacen historia".

Desde Marx, y mucho más Nietzsche, no existe ya la posibilidad de una historia única, pues lo que se manifiesta es más bien la existencia de una multiplicidad de imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que haya un punto de vista supremo, totalmente comprensivo, capaz de unificar los restantes. La crisis de la idea de la Historia entraña la crisis de la idea de Progreso y la posmodernidad se caracteriza por no creer ya en los ideales de la Razón

Pura capaz, a través de su uso, de emancipar a los individuos del yugo al cual se encuentran sometidos.

De esta manera, y en consecuencia, el fenómeno comunicativo mismo en la actualidad se ha disgregado, en tanto que las fuentes emisoras tradicionales, Iglesia, Estado, Escuela, Familia, han perdido la preeminencia acostumbrada y se han visto forzadas a competir con otras fuentes. Este proceso evolucionó rápidamente al final de la Edad Media con el venirse a menos del control que los intelectuales pertenecientes a la Iglesia mantenían. La aparición del «libre pensador» permitió que otras interpretaciones del mundo fueran reconocidas como legítimas.

Siguiendo en esto a Vattimo en su libro *¿La sociedad transparente?* (3), podemos afirmar que el nacimiento de una "sociedad posmoderna obedece a la formación de una "comunicación masiva" que altera los juegos de poder existentes. Por así decirlo, asistimos a una invasión del mercado comunicacional por parte de fuentes no tradicionales y que, obviamente, dicha tradición no está dispuesta a considerar como "autorizadas".

Estas nuevas fuentes, periódicos, radio, televisión, y en general todo lo que hoy se denomina telemática, han sido determinantes para la disolución de los puntos de vistas centrales. Vattimo polemiza con la Escuela de Frankfurt y en especial con Adorno, pues este autor consideraba que la radio, y sólo más tarde la televisión, tendrían el efecto de producir una uniformización de la sociedad, algo así como la formación de una sociedad tal como se la imaginaba George Orwell en su novela 1984: un mundo centralizado por un poder omnisciente y omnividente. Lo que ha sucedido es más bien lo contrario: la comunicación se ha multiplicado en sus fuentes, multiplicando, en consecuencia, las visiones del mundo: emergen, emancipándose del dominio de las fuentes tradicionales, todas aquellas voces calladas que representan otras realidades.

Vattimo está dispuesto a conceder que esta emancipación no es de carácter político, pues en el fondo todo sigue estando dominado por el capital. Pero lo interesante es que la misma lógica del mercado comunicacional en manos del capital exige que "todo" se convierta en objeto de comunicación. De esta manera, Occidente vive una situación explosiva en la cual la pluralidad desintegra toda posible unidad y con ella toda posible transparencia. El nacimiento de más fuentes

comunicacionales oculta, más que descubre, la realidad : en lugar de simplificar el mundo, lo complica.

La primera víctima de este tumulto es justamente la fuente que profesa un Saber Absoluto, fundado en la autoridad de su competencia: la fuente cuya emisión y palabra es un monólogo. En este nuevo universo discursivo no es ya posible monologar, pues la presencia de una pluralidad de fuentes implica al mismo tiempo la presencia y la disponibilidad al diálogo. Este diálogo acontece en el seno de una relación con la tradición que se ha tornado problemática. En efecto, debemos pensar que todo hombre se encuentra sujeto a una determinada tradición, que en tanto surge de la comunidad misma a la cual pertenece el individuo, proporciona un sentido inicial de la verdad, y en consecuencia, establece un fundamento para la intuición y el juicio. El hombre está siempre dotado de una herencia cultural desde la cual se evalúan las situaciones presentes, pues así como una persona nace en una familia, de la que depende absolutamente para la vida, la subsistencia, la protección y la promoción, de igual modo su comprensión se desarrolla en el seno de las prácticas discursivas y del todo el flujo comunicacional de la comunidad a la cual pertenece. Dentro de esta comprensión uno aprende y comparte apasionadamente una determinada interpretación de la realidad y un patrón de respuestas valorativas. Esto nos indica que la vida en comunidad es una fuente de sabiduría constante. (4)

Pero si se tratara tan sólo de una cuestión de comunidad, todo podría limitarse al presente, sin lugar para una tradición, que literalmente hace referencia a lo que transcurre, a lo que pasa de una generación a otra. El tiempo mismo pertenece a la esencia de la tradición que funciona como un largo proceso de ensayo y error, de continua corrección e incremento, algo así como una prolongada prueba de laboratorio. En este laboratorio de la historia se identifica y refuerza la fortaleza de las distintas perspectivas en juego y de los modelos de conducta que allí se inscriben. El resultado acumulativo de este extenso proceso de aprendizaje y compromiso constituye el contenido de una determinada tradición. Todo conspira para constituir una cultura que, como un gigantesco plato de telecomunicaciones, conforma, intensifica y extiende, las relaciones humanas y el hombre mismo.

En consecuencia, la tradición no es simplemente lo que ya ocurrió, sino lo que sigue siendo significativo. Esta tradición constituye una rica fuente de la cual pueden derivarse múltiples temas y dentro de la cual aparecen instancias dotadas de autoridad. Esta autoridad no hay que entenderla en el sentido peyorativo que niega la libertad de expresión

individual, sino como la condición de posibilidad para que se ejerza dicha libertad. En efecto, dado el carácter comunitario del crecimiento del saber humano, la dependencia de otros es connatural al individuo, que aprende a ser crítico a partir de los saberes que ha recibido de otros hombres mejor capacitados que él y cuya excelencia los coloca en la posición de ser modelo para otros. Por esta razón, la preeminencia de las personas sensatas en la comunidad no es algo que ellas usurpan, sino que está basada en sus habilidades, a su vez construidas sobre la base de otros hombres preeminentes.

El problema que se plantea con la posmodernidad es saber qué papel juega la tradición cuando ésta se ha dispersado en una multiplicidad de puntos de vistas, de saberes muchas veces contrapuestos. Si el papel de la tradición es el de orientar ¿cómo orienta una tradición que ha perdido la posibilidad de ser enunciada desde un punto de vista central y supremo? Es aquí donde entra en juego la aptitud y la actitud del diálogo. En la tarea de comprender el punto de vista ajeno, desde un horizonte propio, se hace necesaria la interrogación y la apertura que son consustanciales al diálogo. Encarados de esta forma, los horizontes no son limitaciones sino puntos de vista, perspectivas; la mente que practica el diálogo y que es abierta y móvil, es capaz de ser consciente de sus horizontes presentes, de ir más allá de los mismo mediante el reconocimiento de otros horizontes y de los horizontes de los demás. La actitud del diálogo implica precisamente el no estar atado a un horizonte de manera absoluta y radical, sino el moverse dentro y fuera del horizonte mismo, poniendo el propio punto de vista en peligro constante mediante la incansable confrontación con la perspectiva ajena: por ello el diálogo libera, ya no en la forma de una emancipación absoluta, realizada una vez por todas, sino al modo de quien cada vez gana un poco más de comprensión.

Por consiguiente, es importante que mantengamos la actitud interrogativa. En vez de seguir atados a nuestras ideas previas hasta que se imponga un cambio sobre nosotros, la verdadera actitud dialogal o apertura a la multiplicidad de los significados requiere una voluntad de revisar continuamente nuestra proyección inicial, o expectativa de significado, ensanchando nuestro horizonte. Esto no significa ni indiferencia respecto de los problemas que nos aquejan, ni, por supuesto, neutralidad. Por el contrario, es estar consciente de la pasión que lo embarga a uno dentro del perímetro del propio horizonte, ajustando todo nuestro mundo al punto de vista de los otros. Se trata de hacer trabajar

las restantes perspectivas en pos de nuevos significados y nuevas realidades. La liberación real de la mayor parte de nuestras limitaciones básicas y engaños sólo acontece con un esfuerzo consciente y programático para tomar en cuenta los horizontes de quienes difieren de nosotros de manera notable : se trata de enfrentar las diferencias, reconociéndolas y midiéndonos con ellas, en lugar de negarlas subsumiéndolas a ese ilusorio punto de vista supremo y central. Sólo así se podrá recuperar parte de esa tradición y hacer brotar de ella la innovación y el cambio. Debemos reparar una vez por todas que la ruptura y fractura múltiple acontecida en el seno de nuestra tradición representa a la vez una pérdida de orientación y que ya no es posible recuperar dicha tradición como si fuese un bloque compacto : lo que existen son tradiciones que se van independizando cada vez más y que es menester hacer hablar entre sí, esto es, poner en comunicación. El recurso al autoritarismo dogmático es inaceptable. De esta forma nos convertimos en hombres críticos y eso es, a mi juicio, la gran riqueza de la posmodernidad, la gran lección que Nietzsche nos enseña a lo largo de sus obras.

En el mundo del diálogo todo puede ser puesto en duda y las críticas se hacen cada vez más impertinentes e inconvenientes para la fuente que no esté dispuesta a aceptar la pluralidad y que sigue afirmando que ella es la única autorizada. El mundo plural de la comunicación generalizada nos muestra que al multiplicarse las imágenes del mundo perdemos el "sentido de la realidad", si por él entendemos que todavía es posible una realidad única e incuestionable que pretende resolver las disputas con el recurso a lo "que es de suyo".

Dentro de esta situación la "ética de la comunicación" debe sufrir una transformación radical, pues aquí ya no es posible «"decir la verdad" directamente, no porque ella no exista, sino porque su acceso se hace cada vez más difícil. (5) La verdad no puede ya ser concebida como una simple cosa, pues ella misma está involucrada en un proceso social que la está constituyendo, a partir del ya citado intercambio y convergencia de los horizontes, que se disuelven entre sí para reconstituirse acto seguido en nuevas, y hasta entonces insospechadas, unidades de significado. Debe quedar en claro que esto nos lleva a poner en tela juicio no la verdad sino la idea de la verdad. Así pues, lo verdadero no es objeto de una aprehensión intelectual del tipo de la evidencia. Es más bien el resultado de un proceso de verificación y de acuerdo llevado a cabo dentro de un determinado horizonte constituido por el espacio de la libertad de las relaciones interpersonales, de las relaciones entre las culturas y las generaciones. En este espacio nadie parte de cero, sino que

se encuentra ya ligado por lazos de fidelidad, de pertenencia, por determinados vínculos. En fin, la verdad no es fruto de la interpretación porque a través del proceso interpretativo se logre aprehender directamente lo verdadero, como ocurre cuando la interpretación se concibe como desciframiento, desenmascaramiento, sino porque sólo en el proceso interpretativo se constituye la verdad misma dentro del propio flujo comunicativo. Luego, la verdad es transmisión a través de la tradición, pero como ésta, según vimos anteriormente, se ha desgajado, la transmisión de la verdad acontece a través de las múltiples tradiciones que recogen los puntos de vista y horizonte que le son propios. Y, una vez más, sólo poniendo en diálogo estas distintas transmisiones se puede lograr el acuerdo y el entendimiento.

Ciertamente, uno se siente tentado a negar todo lo anterior, y así recuperar el "sentido de la realidad", pero eso no es ya posible, pues guste o no, las otras fuentes siguen estando activas y no pueden ser calladas con un simple recurso a una autoridad que se ha visto cuestionada. La nostalgia por una realidad sólida, unívoca, estable, y autoritaria, corre continuamente el riesgo de parecer una actitud neurótica, en el esfuerzo por reconstruir el mundo de nuestra infancia donde las autoridades familiares eran a la vez amenazadoras y afianzadoras.

No cabe sino asumir lo anterior y ver qué se puede hacer. Lo primero es reconocer que no existe en este mundo comunicacional la posibilidad de mostrar la "verdad a secas", pues detrás de ella y sosteniéndola se encuentra siempre un poder determinado. Nos topamos pues con la paradoja de que aún deseando oponernos al poder, no lo podemos hacer sino desde otro poder y que todo desengañar implica cierto remanente de engaño. (6)

En segunda instancia, la emancipación, que la información aportada por las fuentes comunicacionales produce, va siempre acompañada de un extrañamiento, de un extravío, pues en la medida en la cual un sujeto se libera de la presión de una determinada fuente cae siempre en manos de otra y, por lo demás, se ve empujado a observar un mundo plural que lo desorienta: al lado de su fuente existen otras que relatan los "hechos" de forma distinta y el sujeto quiéralo o no, debe comparar su posición con la de otros en el ya mencionado régimen del diálogo. Si no está dispuesto a hacerlo corre el riesgo de salir del tapete de juego. En cuanto cae la idea de una racionalidad central desde la cual se enuncia la verdad, el mundo de la comunicación generalizada estalla en una multiplicidad de racionalidades locales, cada una de las cuales

produce un discurso representativo de minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas.

Los sujetos, tanto emisores como perceptores, viven una constante codificación y decodificación, pues aquí lo que reivindica un derecho propio es la diferencia, demasiadas veces callada en pos de lo idéntico, de esa identidad constituida sobre la base del punto de vista supremo y central. De esta forma, los sujetos deben poder soportar las tensiones que toda situación plural necesariamente produce, a la par que deben saber oscilar entre las distintas perspectivas, sin por ello extraviarse por completo. Decíamos hace poco que en un mundo de diferencias el extravío es algo consustancial al juego, pero debemos observar ahora que este extrañamiento ha de ser superado constantemente para que el sujeto no se disuelva por completo. La fuerza estriba justamente en soportar las diferencias y la pluralidad sin caer ni en el dogmatismo ni en el escepticismo. Estamos de acuerdo en que esto no es tarea fácil, pues el hombre dentro de estas tensiones tiende a perder el centro de gravedad y a transformarse para sí mismo en incógnita. No obstante, la gran tarea del hombre posmoderno es justamente la de aprender a vivir dentro de las disolvencias, dentro de las múltiples tangentes que ya no permiten el modelo de la superposición. Todo aquí se vuelve enigmático y es menester poseer un fuerte espíritu de aventura y una gran fuerza de voluntad para no sucumbir frente a los múltiples cantos de las sirenas. El hombre posmoderno es más que nunca un Ulyses sometido a vicisitudes extremas, a un viaje sin punto de llegada, pues Itaca y Penélope ya no aguardan.

Los dos puntos extremos de la historia son así, por un lado la tribu primitiva y por otro la sociedad capitalista avanzada. (7) En la primera toda la comunicación está codificada: hay reglas para todos los gestos, para todas las circunstancias de la vida, para todas las partes del cuerpo; todos los momentos de la vida son acontecimientos sociales. En cambio, la sociedad capitalista inventa al individuo privado, propietario de su cuerpo, de sus órganos, que dispone libremente de su fuerza trabajo. El origen del capitalismo reside así en una decodificación generalizada que arroja al sujeto a la tremenda riqueza de un mundo plural. Con este movimiento de decodificación que se apodera de todo desaparecen los antiguos rituales, los ceremoniales, todas las formas que se respetaban y se consideraban sagradas. El capitalismo, y la comunicación que dentro de él se da, se define como un sistema cínico que no apela a creencia alguna, a cosa sagrada alguna para funcionar.

Pero este movimiento no es necesariamente negativo, pues su

valor depende del sujeto que inmerso en él puede extraer del mismo una amplia gama de posibilidades. Esta experiencia le hace vivir otros mundos posibles, rompiendo la cadena de una realidad cotidiana restringida y especializada en la cual cada individuo cae tarde o temprano. Vivir este mundo múltiple significa - acota Vattimo - experimentar la libertad como oscilación continua entre la pertenencia y el extravío. (8)

No cabe dudas de que es una libertad problemática, pues sólo se aprovecha si el individuo se hace activo y crítico, de otra forma el desmoronamiento de todos los parámetros hunde al individuo. Y es por ello que en el mundo de la comunicación generalizada, que en principio es riqueza y emancipación, volvemos a encontrar la manipulación y la represión.

Pero aquí hay que preguntarse de dónde viene esta voluntad de sometimiento que parece tener la misma fuerza que la voluntad de emancipación. La respuesta parece ser que en cada individuo existe una oscilación entre los dos polos: la libertad y la represión. Cuando no logra uno ya aguantar el conflicto y la tensión que implican el estar abierto a un mundo donde la realidad se ha diversificado y que remite inevitablemente a la toma de decisión, entonces, como el avestruz, cada uno se refugia bajo el abrigo de una fuente comunicacional y de su visión del mundo. Parece ser algo necesario a la misma naturaleza gregaria del hombre, que cual animal de rebaño le teme a la soledad y busca una y otra vez líderes que lo sepan guiar. (9)

Pero no sólo la libertad se ha vuelto un problema, sino como ya apuntábamos la "ética de la comunicación" también debe ser encarada desde otras vertientes. Ya vimos que "decir la verdad" no es ya indicar o señalar directamente lo que pasó, pues la realidad ya no está allí en su solidez para servir como punto de referencia válido para dirimir las discusiones y las diferencias de criterios. El comunicador se ve obligado a tratar de ver las situaciones, los acontecimientos desde más de una

perspectiva: ver el "hecho" desde cien ojos distintos, ese debería ser su horizonte ético. Con esto no se crea que pueda agotar la realidad, pues tal como la hemos descrito es por principio inagotable, pero sí puede informar más y mejor que otras fuentes que creen todavía que la verdad está toda entera allí frente a la vista.

Otro deber del comunicador es hacerse vocero de alguna minoría, representándola fielmente en sus intereses y tratando de que su voz llegue más clara, a más gente y con mayor capacidad para el diálogo.

Su capacidad como comunicador deberá centrarse en la suavización de las asperezas implícitas en toda representación de intereses unilaterales, para lograr unidades de sentido y significación cada vez más amplias. Ciertamente, nunca podrá llegar a ser el portador universal de la verdad, pero formará parte de fragmentos cada vez más comprensivos.

También conviene señalar que en el fenómeno comunicativo la ética no recae sólo sobre el emisor sino también sobre el receptor, pues éste también es sujeto ético. La responsabilidad del receptor es no dejarse manipular, esto es, acrecentar su participación estableciendo comparaciones y siendo cada vez más crítico. No parece justo pensar que todo el peso de la responsabilidad recae sobre el emisor: éste sólo se torna manipulador cuando el receptor desea ser manipulado para encontrar la seguridad y el amparo al cual nos referíamos anteriormente. Es una pura ilusión ver en el otro un instrumento completamente dominable y manejable. Incluso en el siervo hay una voluntad de poder que se vuelve contra el control del señor: en toda otreidad hay contracontrol.

En el fondo la ética del receptor apunta a la lógica de los usos que él haga de las fuentes comunicativas a su alcance: puede hacer un uso "opióceo" o un uso crítico y reflexivo. Si se decide por esta segunda opción tiene frente a sí, gracias a las facilidades de los flujos comunicativos, un gran potencial de experiencias: puede construirse y construir un mundo mágico donde la realidad misma se ha tornado una fábula, como lo acotara el siglo pasado Nietzsche. Pero aquí la "fábula": no es lo contrario de la "realidad", pues ésta se ha derrumbado y ya no funciona como criterio que permita decidir lo que es "irreal". Esta es la verdadera magia, el encanto de la comunicación masiva, del vaivén de las imágenes que cine y televisión nos proponen a diario. Hay que exorcizar ese pedante discurso moralista que ve en los medios de comunicación masivo el Mal en persona. No se trata de los medios, sino de los usos: si en el receptor está presente la voluntad de sometimiento típica del hombre del rebaño, no existirá medio alguno que lo emancipe. No obstante, ninguna sociedad anterior a la nuestra concede tantas oportunidades de salir del rebaño, pues ninguna ha tenido tantos medios a su alcance.

En resumidas cuentas, el fenómeno comunicativo en la sociedad posmoderna ha llegado a tener tal poder que asistimos a una auténtica "puesta en obra de la verdad"; es decir, ella es colocada en el diálogo vivo de una interlocución o red de interferencias, posibilitado por la incursión de las diferentes voces en el mismo, pero no igual contexto,

históricamente determinado e históricamente móvil, que se transforma y precisa, de vez en vez, a través de las propias voces concurrentes : las que reciben esta "verdad" decodificándola y rehaciéndola en la misma transmisión.

De esta forma, la "verdad" en el mundo comunicacional nunca es una simple copia o repetición, sino que se da a interpretar y todo interpretar entraña un re-formular de modo diverso lo recibido. La labor del comunicador y de su receptor (tarea conjunta) frente a este "verdad-aconteciente" es la de intérprete, de traductor, de conector; labor de montaje, de composición y diseño estilizado a partir de plurales materiales. En fin, labor de nuevo Mercurio, mensajero de los dioses, protector de los mercaderes, pero también dios de la interpretación y de la escritura, del arte de eludir, enmascarar, desentrañar. Labor difícil en un mundo que se ha vuelto difícil a causa de la abundancia de posibilidades creadas por el propio medio de la comunicación generalizada, pero que nos hace más comprensible aquella frase de Goethe que nos advierte que "nunca se ha llegado tan lejos cuando uno no sabe ya adónde ir."

El hombre posmoderno es el hombre del laberinto, pero es prudente recordar que existen tres tipos de laberintos. (10) El laberinto clásico, el de Cnosos, es unidireccional. Una vez que se entra en él se alcanza necesariamente el centro, y a partir del centro se llega forzosamente a la salida. Si este tipo de laberinto pudiera ser "desenredado", nos dejaría entre las manos un único hilo. El segundo tipo es el laberinto manierista. Este presenta opciones alternativas, y todos los recorridos desembocan en un punto muerto, con excepción de uno, que lleva hacia la salida. Si se despliega este tipo de laberinto asume la forma de árbol; constituye una estructura de callejones sin salida. Pues bien, el hombre posmoderno no está ubicado en ninguno de estos dos laberintos, sino en un tercer tipo que es una red en la cualquier punto puede ser conectado con cualquier otro. No cabe desenredarlo, entre otras razones porque, mientras los dos primeros tipos de laberinto poseen un interior constituido por su propio enredo, y un exterior, desde el que se entra y se sale, el laberinto del tercer tipo, extensible al infinito, no tiene ni interior ni exterior. Puede ser finito, o también, con tal de que disponga de espacio, expandido hasta el infinito. En los dos casos, cada uno de sus puntos puede empalmarse con otro, y el proceso de acoplamiento constituye también un proceso continuo de corrección de las conexiones; por consiguiente este laberinto será siempre ilimitado por principio, puesto que su estructura, en cada momento, resultará distinta de la que tenía en el instante anterior, y cada

vez podrá ser recorrido siguiendo líneas diversas. En consecuencia, el que viaja por él debe aprender a corregir constantemente la idea que se forma del laberinto, ya se trate de la representación concreta de un solo sector local.

Saliendo de la metáfora, el laberinto que rodea al hombre posmoderno es el de su propio flujo comunicacional que "pone en obra la verdad" como transmisión de mensajes. No es posible salir de él, porque todo intento de decir lo qué realmente sea la verdad, no es sino un nuevo flujo comunicacional que altera el cuadro anterior y que puede ser puesto en cualquier momento en relación con cualquier otro flujo de mensajes. Son ridículas las pretensiones de aquellos filósofos o comunicadores que pretenden haber dicho la "Verdad", en el sentido de toda la verdad. Lo que han hecho en realidad es contribuir a la puesta en obra de la misma en virtud de un nuevo punto de vista que se agrega al anterior: esa es la labor de todo periódico, radio, televisión. El receptor no puede pretender que una única fuente comunicativa le entregue toda la verdad ya hecha, como si esta fuese una cosa empaquetada que puede ser comprada en el quiosco de la esquina. Debe él también formarse su propia interpretación a partir del cotejo constante de las informaciones recibidas entre sí mismas y con la parte de realidad a la cual el receptor mismo tiene acceso. Es cierto que en esta labor el receptor puede quedar manipulado por alguna fuente en particular, pero en ello tiene su cuota de participación, pues siempre está a su alcance, y particularmente en una sociedad posmoderna de comunicación generalizada, la ampliación de sus conocimientos y la posibilidad crítica que allí se inscribe. Nadie duda de que ello implique un serio esfuerzo, pero de lo que se trata es de no dejarnos vencer por el miedo y la desesperanza de un mar que puede ser surcado en múltiples direcciones, que por lo mismo ya no indica, sino espera ser él mismo indicado por el curso de nuestra nave. Esta situación no debe ser interpretada como "anomia", pues aquí, si bien es cierto que el individuo es lanzado a competir con las fuentes comunicativas que le rodean, no por ello compite para destruir al otro; lucha para llegar a un punto de vista más amplio que abarque a los demás, haciéndoles justicia. Dicho de otra forma, el individuo no debe utilizar el lenguaje sólo para mantener su posición social, sino para ponerse en juego y encontrarse así en su efectivo desarrollo.

En definitiva diría que frente a este nuevo espacio de la comunicación generalizada, que nos abre el mundo transformándolo en un universo de redes ilimitadas, caben dos posiciones: la de aquél que frente a ese nuevo infinito, que no se deja reducir jamás, se siente

indefenso, nadificado en sus intentos y que, por consiguiente, se refugia en un estado de no significación de las cosas. Este estado, que denominamos de aburrimiento, compensa su inseguridad, rechazando lo cambiante de la realidad, e inhibiéndose por ello para una actitud vigilante e inquisidora. El resultado de esta elección es una alienación que conduce al individuo a sumirse en estereotipos dominados por la incomunicación. Aquí el sujeto adquiere una falsa conciencia de sí, pues sólo juega el papel que la sociedad le ha asignado. Presenciamos, en estos hombres, una auténtica angustia para la comunicación en tanto puesta en juego de su ser. Por su parte, la segunda actitud es la de aquel otro que, en cambio, percibe el gran desafío que allí se muestra y lo acepta con alegría, entendiendo que en esa invitación a vencer la incomunicación se superan la rutina y la cosificación. Esto sólo es posible a costa de una desestructuración, rota por medio del recurso a la asociación libre, donde el individuo, hablando sobre lo que su grupo no le permite, se expone a la inaceptación como elemento del grupo al que hasta entonces pertenecía. Este hombre es precisamente aquel que no se contenta con poner en circulación la periferia de su Yo, sino que al ponerse totalmente en juego, se expone a una constante disolución y reconstrucción de su personalidad, creciendo en ese reto como persona que se libera constantemente.

NOTAS

Confróntese las siguientes obras :

- 1 PERRIAULT, J. :
1991 *Las máquinas de comunicar*. Gedisa. Barcelona.
- 2 MANNHEIM, K. :
1957 *Ideología e utopía*. Il mulino. Bologna.
- 3 VATTIMO, G. :
1990 *¿ La sociedad transparente ?* Paidós. Barcelona.
- 4 GADAMER, H.G. :
1977 *Verdad y método. Sígueme*. Salamanca.
- 5 VATTIMO, G. :
1988 *El pensamiento débil*. Cátedra. Madrid.
- 6 FOUCAULT, M. :
1983 *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa. Barcelona.
1983 *El orden del discurso*. Tusquets. Barcelona.
- 7 DELEUZE, G. :
1982 *El anti-edipo*. Paidós. Barcelona.
- 8 VATTIMO, G. :
1990 *¿ La sociedad transparente ?* Paidós. Barcelona.
- 9 NIETZSCHE, F. :
1983 *Inediti. En Opere complete*. Colli-Montinari. Adelphi. Milano.
- 10 ECO, U. :
1988 *El árbol de porfirio*. En *El Pensamiento débil*. Cátedra. Madrid.